

*
**

El Mariscal Marmont, escribió respecto de las cargas de caballería : « Su oficio habitual es perseguir al enemigo, pues es muy raro que las dos tropas lleguen á chocar. Al momento de aproximarse, el menos confiado se detiene y huye (1) ».

*
**

Según Federico II, la primera fila debe buscar el flanco de la caballería enemiga y la segunda fila cuidar el flanco de la primera. En el caso del choque de frente, la carga ha abortado, según el gran Capitán prusiano.

El Coronel Ardent de Picq enteramente moderno, pues fué muerto en la guerra franco-alemana de 1870, dejó escrito : « Rebanar gruperas es el sólo objeto de la acción de la caballería y sus resultados. Las maniobras de caballería son amenazas... (2) ». Ahora bien, este jefe enseña, además, que de cincuenta cargas, en cuarenta y nueve una de las dos caballerías huye antes de chocar. ¡ El dos por ciento !

(1) Mariscal Marmont, *Esprit des institutions militaires*, pág. 67.

(2) Coronel Cherfils, *Essai sur l'emploi de la cavalerie*, pág. 281.

*
**

Si á los soldados europeos de primer orden muy bien disciplinados, modelos de bravura, no les agrada el combate á sable y de cien tentativas noventa y ocho se frustran por falta de deseo de alguno de los combatientes, que huye, ¿ qué tiene de particular que el soldado mexicano de caballería de 1862, montado en una verdadera sardina, sin sable, sin saber el manejo de la lanza, requisito, sin educación de jinete, ni de dragón, sin escuela y sobre todo sin jefe, pues generalmente era guerrillero, no manifestara entusiasmo por los combates á sable?

No queriendo incurrir en la misma falta que estoy censurando, me abstengo de hacer comparaciones entre el soldado francés y el mexicano. No puedo confundir la jactancia con la lógica y para que hubiera elementos de comparación, hubiera sido preciso haber visto luchar soldados mexicanos veteranos, muy bien disciplinados, dirigidos por oficiales fogueados é instruídos y por jefes competentes, con igual armamento y con los recursos de guerra que poseían las tropas francesas, ó bien haber visto á las tropas bisoñas de Juárez y á las guardias nacionales de nuestros Estados luchar, no con la crema del ejército francés que vino á México, sino con las tropas bisoñas y los *móviles* que arrojaban los fusiles

y huían despavoridos al frente de los prusianos en 1870 y 1871. Comparar sin otro elemento que una lucha entre viejas tropas y chusmas, puede ser muy glorioso para la vanidad, pero es muy censurable para la razón.

*
**

Era tal el orgullo del ejército francés que invadió á México, que nunca tuvo la idea, siquiera por cortesía, de honrar la verdad. El Coronel Niox nos cuenta que el General Márquez sin auxilio de las fuerzas francesas, derrotó en Morelia en Diciembre de 1863 al general republicano Don José López Uruga, que lo atacó con 12,000 hombres. Nos refiere también que el general intervencionista Don Tomás Mejía derrotó al general republicano Don Miguel Negrete con sólo fuerzas mexicanas, asegurando que el General Negrete tenía 5,000 hombres. Cuenta además que el mismo General Mejía obligó al general republicano Cortina á entregar la plaza de Matamoros y 1,000 hombres. Y por último nos enseña, que en Matehuala el mismo General Mejía, ayudado por 800 hombres del Coronel Aymard, derrotó al general republicano Doblado que mandaba 6,000 hombres. Según Niox las fuerzas republicanas regulares fueron derrotadas hasta Diciembre de 1864 :

Por tropas mexicanas intervencionistas.

General López Uruga por General Márquez	12,000	hombres.
General Negrete por General Mejía	5,000	»
General Cortina, obligado por Mejía á capitular	1,000	»
Total.	18,000	hombres.

Por tropas mixtas.

En Matehuala, Doblado, derrotado por Mejía y Aymard	6,000	hombres.
---	-------	----------

Por sólo tropas francesas.

En Majoma, González Ortega.	4,000	hombres.
En Jiquilpam, General Arteaga.	4,000	»
Total.	8,000	hombres.

La verdad en detalle dada por el Coronel Niox y el General Thoumas, sin que haya nadie que pueda negarla, es que la mayoría de las fuerzas republicanas, como lo prueban los datos irreprochables anteriores, fué destruída por fuerzas mexicanas intervencionistas. Sin embargo, el Coronel Niox se atreve á escribir después de lo que él mismo ha afirmado : « Cuando terminó el año de 1864, el ejército francés había hecho reconocer la autoridad imperial sobre la mayor parte del inmenso territorio de México (1) ». Eso no es exacto, porque á fines de 1864, no estaban sometidos, los Estados de Sonora, Sinaloa, Chihua-

(1) Niox, pág. 435.

hua, Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Tabasco, ni gran parte de Michoacán, Veracruz, Tamaulipas, Jalisco y Durango. Se nota que sólo el ejército francés ha hecho reconocer al Imperio; las fuerzas intervencionistas no se mencionan ó se mencionan para avergonzarlas, declarándolas cobardes é inútiles. Las felicitaciones de Napoleón por el éxito de tan ridícula campaña son exclusivamente « para el ejército francés, que todo lo ha hecho ». La prensa francesa de París derramaba flores sobre la gloria del ejército francés de México y desprecio y vituperio para sus aliados.

Después de la llegada de Maximiliano, la acción de Tacámbaro fué ganada por una columna belga-mexicana y el Teniente Coronel Van-Der Smissen ni siquiera menciona al Coronel imperialista Don Ramón Méndez, quien, al reclamar por tan ofensiva omisión, dice con firmeza que sin sus fuerzas los belgas habrían salido derrotados. Los republicanos de Michoacán, de quien recibieron los golpes más rudos, fué del jefe Don Ramón Méndez. En Sinaloa quien puso en aprietos al General Corona, hasta obligarlo á evacuar el Sur de Sinaloa, fué el cacique de la Sierra de Alica, Losada, y en Sonora, quien hizo posible la situación del Coronel Garnier fué el cacique Tánori. Sin embargo, los franceses se declaran únicos autores de la pacificación; sus aliados eran siempre inútiles, cobardes ó traidores. Como

lo escribe Loizillon, era una canalla cobarde que comía de balde el pan del tesoro francés y que avergonzaba á las huestes napoleónicas.

Hay que convenir en que la mayor parte del desprecio que profesaban los franceses á sus aliados no era porque habían traicionado á la patria, sino porque eran mexicanos. Este desprecio sería muy artístico para las glorias francesas; pero era muy torpe. La oficialidad y jefes que servían á la intervención y al Imperio lo hacían, unos de buena fe, por creer seriamente que el nuevo orden de cosas salvaba á su patria; otros y era el mayor número servían por hambre, y los restantes por corrupción. Pero ninguno de ellos era abyecto. La abyección significa insensibilidad ante el desprecio y el mexicano mestizo ó español siente siempre el desprecio en su orgullo y vanidad como marca de hierro candente. Las relaciones entre el ejército francés y las fuerzas intervencionistas eran un cambio de desprecio por odio. No era posible que oficiales y jefes mexicanos imperialistas pudieran permanecer veinticuatro horas cerca del ejército francés sin desear su ruina. Estaban obligados á desear en cada combate el triunfo de los republicanos. Era una alianza que engendraba debilidad y que tenía que romperse en muy poco tiempo. La primera razón que había para que no pudiera haber ejército mexicano imperial era la presencia del ejército francés, excluyente por

su intolerancia, su presunción, su pasión por despreciar no sólo á los mexicanos en primer lugar, sino á los norte americanos, que se hallaban en situación de imponerle á su gobierno muy duras humillaciones.

* *

En 1865 había en México :

Fuerzas francesas.....	28.000 hombres.
Fuerzas regulares mexicanas.....	9.000 hombres.
« irregulares.....	11.000 »
« regulares de Losada.....	6.000 »
« « de Tánori.....	3.000 »
« de Sierra Gorda.....	2.000 »
Austriacos y Belgas.....	9.000 »

Total de fuerzas imperialistas, no francesas. 40.000 hombres.

Según las historias francesas sobre el Imperio, estos 40,000 hombres sirvieron sólo para avergonzar á los 28,000 franceses. En efecto, Loizillon afirma : « Por todas partes hay fracasos, donde no hay franceses (1) ». Respecto de los austriacos y belgas asegura : « Los austriacos y belgas no son hechos para este género de guerras : son 8,000 y no capaces de hacer lo que 3,000 franceses (2). » Respecto de la invasión de los norte americanos que amenazaba al ejército francés no podía preocu-

(1) Loizillon, pág. 318.

(2) Loizillon, pág. 311.

parlo : « *Los desgraciados* (los norteamericanos) no saben que para llegar solamente á *roçarnos* les sería necesario tener tres veces más fuerzas que las nuestras (1). » Después de Sadowa no la nación francesa que seguía lo mismo, sino el Príncipe Napoleón decía al Barón Stoffel : *Il ne nous est plus permis de nous moquer de la Prusse* (2) ».

El mejor combustible para la sangre humana es la impertinencia y el peor género de impertinencia, la garrulería. El fanfarrón lastima aun cuando se proponga ser agradable. Y con frecuencia va á dar al ridículo. D'Héricault no pudiendo negar las cualidades é intrepidez del General Miramón, conviene en que las tenía « *pour ce quelque peu de sang français qu'il avait dans les veines* (3) ».

* *

Mis palabras no son las del patriotismo, ni las de la preocupación, sino simplemente las de la verdad : el Coronel francés Barón de Stoffel, de gran talento y juicio, buscaba las causas de la decadencia intelectual y moral de Francia y las encontraba en la abominable educación propinada al pueblo francés.

(1) Loizillon, pág. 345.

(2) General Pierron, tomo I, pág. 374.

(3) D'Héricault, pág. 118.

« Hablando por el momento, decía el Coronel Stoffel, el 31 de Mayo de 1871, que el género de instrucción que ha recibido la juventud francesa desde principio de este siglo no es más que una inmensa é incesante mentira que continúa cuando alcanzamos la edad adulta y no se termina más que con nuestra existencia. Recordad cómo hemos sido educados vos y yo. Se nos ha dicho y repetido desde la edad de la razón :

« El pueblo francés es el pueblo más grande del mundo. Somos la gran nación. »

« El ejército francés es el primer ejército del mundo. Ha vencido á la Europa entera. »

« Las finanzas francesas son mejor administradas que las de ningún otro país. »

« La magistratura francesa no tiene igual. »

« Nuestros sabios, nuestros poetas, nuestros artistas no tienen rival en el mundo. »

« El pueblo francés es el más espiritual del universo, etc., etc.

« Apenas salidos de las escuelas de donde tomamos estos gérmenes funestos, que excitando nuestra vanidad y nuestra presunción natural nos disponen á vegetar en la ignorancia, leemos todos, más ó menos, los libros de historia moderna, principalmente los que han sido escritos sobre la Revolución ó sobre el Consulado y el Imperio; ¿Y qué encontramos en ellos? La glorificación ince-

sante de los hombres y de los actos de la Revolución y el Imperio, el elogio exclusivo de la Francia, de su genio y de sus obras, con detrimento de todos los otros países; encontramos narraciones seductoras donde todo se relaciona con la Francia, como si todo gravitase hacia ella y como si sola existiese en el mundo. Como los autores de semejantes libros son ellos mismos productos de una educación esencialmente francesa y no tienen más que un conocimiento imperfecto de la historia de los países extranjeros cuya lengua ignoran, resulta que leyéndolos y estudiándolos nos confirmamos en las ideas que nos han sido inculcadas en nuestra juventud, ideas falsas puesto que son exclusivas. Estudios de esta naturaleza no pueden servir para desarrollar nuestro juicio, pues no se juzga más que por comparación, y por último llegamos á la edad adulta sin apercibirnos que nuestra educación ha sido un inmenso embuste.

« Cuando en seguida entramos en la vida práctica, nos confirmamos á nuestro pesar en las ideas exclusivas y los sentimientos falsos que nos han sido inculcados en la época de nuestra juventud. Como lo he dicho, la mentira nos envuelve por todas partes; está en los libros, en los periódicos, en las conversaciones, en los discursos oficiales, en la tribuna y en el gobierno. Está en nuestras costumbres, en nuestras inclinaciones y hasta en las

formas del lenguaje. En la prensa y en la Cámara, se distribuyen sin ningún discernimiento los títulos de « *gran ciudadano* » ó de « *general ilustre* » á hombres que no tienen ningún título de gloria ó de servicios prestados y con este modo de contar tendremos mayor número de ciudadanos y de generales ilustres que todos los pueblos de Europa reunidos. Es aún otra forma de mentira que no se encuentra en ningún otro país. »

« He visitado los países extranjeros y he podido, en consecuencia, juzgar y comparar. Y bien, lo declaro, cueste lo que cueste á mi amor por la Francia, somos con todo nuestro *esprit* el pueblo más estúpidamente vanidoso, el más pazguato (*badaud*), el más simplón del mundo. No hay un país en Europa que produzca más necedades, más ideas falsas, más boberías que el nuestro. Encontraréis la causa principal en el modo de instrucción que recibe la juventud, instrucción falsa, exclusiva y mentirosa, que desarrolla nuestras faltas en vez de corregirlas (1). »

Después de la guerra de 1870, el General francés Trochu, escribió : « Renunciemos para siempre á lo que tan caro nos cuesta y ganaremos en sencillez, en verdad, en dignidad, en actitud. Inspiraremos más confianza á nuestros amigos, más

(1) General Pierron, *Méthodes de guerre*, tomo 1, pág. 379.

respeto á nuestros enemigos, cuando hayamos abandonado nuestra vieja costumbre de admirar y representar al mundo como héroes á hombres que hacen su deber (1). »

D'Héricault, francés y empleado en el gabinete de Maximiliano, conocía á sus compatriotas tan bien como el Barón Stoffel : « Yo creo que si nosotros somos los más aceptables de los vencedores, somos también los más desagradables protectores que se puede ver. No sabemos establecer la diferencia entre la protección y la dominación. Nuestra suficiencia natural, nuestra difícil inteligencia de las costumbres y prácticas de otro, nuestro desprecio por los demás pueblos, nuestras tendencias burlescas y escépticas, hacen á la larga olvidar que no somos ni severos, ni pedantes, ni crueles. Lo digo, no supongo que en el mundo exista pueblo que haya resentido más desprecio que el mexicano por el soldado francés, cuya debilidad consiste en comenzar siempre por despreciar al enemigo. ¿ Y qué fuerza, qué respeto podía sacar de su dignidad el rey de un pueblo tan despreciable (2)? »

(1) General Pierron, *Méthodes de guerre*, pág. 379.

(2) D'Héricault, pág. 55.